

Teletcran
25/5/70

la página de
Sergio Vodanovic

no son "monstruos sagrados" pero...



Nissim Sharim y Delfina Guzmán
en "¿A qué jugamos?", teleteatro
de Canal Nacional.

NO FUE Jorge Manrique, el poeta español de las "Coplas", quien inventó "como a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor". El poeta se limitó a expresar un sentimiento antiguo como el ser humano y que se reitera día a día.

Así, continuamente oímos decir que "antes" las películas eran mejores; que "antes" si valía la pena ir al teatro; que "antes" había actores de verdad. Y en este menosprecio generalizado del presente, muchas veces cometemos la injusticia de no valorar el trabajo creador de artistas que son nuestros coetáneos, insistiendo en añorar glorias pasadas y hacer comparaciones que no son tales, porque el pasado está idealizado en nuestro recuerdo y el presente está teñido de contradictorias contingencias.

Un programa de televisión actualmente juzga a Alejandro Flores, el actor teatral chileno que mayor fama ha tenido en nuestra escena; y el juicio, necesariamente, habrá de significar puntos de comparación con nuestros actuales intérpretes. El nombre de Flores está ligado al de Frontaura y al de Croaré, actores que crearon consigo mitos y leyendas, especies de "monstruos sagrados" que, en su tiempo, cuando el teatro era si no la única, la principal forma del espectáculo chileno, tuvieron fervientes admiradores e iracundos detractores.

Hoy nadie se detiene en admirar ni denostar a los intérpretes de nuestro languideciente teatro, nuestro incipiente cine o nuestra floreciente televisión; pero existe en el ánimo de quienes siguen estas actividades de cerca que el tiempo pasado fue mejor y que nuestros actores no tienen el talento y la calidad histriónica que atribuyen, ahora, a figuras del pasado.

Yo no creo que sea así. Tal vez la labor de los intérpretes esté desprovista de la inmensa caja de resonancia que hubo en otros tiempos, pero no me parece que me equivoco si digo que en el teatro, el cine y la televisión actual existe un grupo destacado de actores que si bien no son "los monstruos sagrados" de otros tiempos, no les van a la zaga en talento ni calidad interpretativa.

LOS QUE han visto "El Chacal de Nahueltoro" habrán podido apre-

ciar la sobriedad interpretativa y la gama de recursos histriónicos de una pareja que, ciertamente, no son unos recién llegados a nuestro medio: Nelson Villagra y Shenda Román. La actuación de ellos no desmerece a la mejor interpretación de cualquiera película de cualquiera nacionalidad. Y hay más, al interpretar personajes de no frecuente presencia en nuestras pantallas y de profunda raigambre nacional, han hecho un trabajo creativo que es necesario destacar por su originalidad.

Yo dificulto que exista en Latinoamérica más de una decena de actores que se puedan comparar a Agustín Siré. Sus interpretaciones son generalmente frías, cerebrales, pero acabadas hasta el último detalle. Quien lo vio en "Quién le tiene miedo al lobo", de Albee, y, a

su vez, ha visto la misma pieza interpretada en el extranjero, sabe con certeza que Siré es un talento de actuación que no es fácil parangonar ni en el presente ni en el pasado de nuestro teatro.

La televisión es un medio nuevo entre nosotros. No han sido muchas las posibilidades de interpretaciones sobresalientes que se han visto en ella. No obstante, hace unas semanas en el Canal 7 se presentó "¿A qué jugamos?", del argentino Gorostiza, y en ella destacó, como no lo había hecho desde el escenario en el mismo papel, la calidad de actor de Nissim Sharim. Su trabajo, y el de la mayoría de sus compañeros del ICTUS, es de los que no se encuentran fácilmente cuando se observa la pequeña pantalla de la TV.

Son sólo algunos ejemplos. Como los nombrados hay más. Ninguno de ellos acapara titulares y para muchos sus nombres no tienen el tintineo de la popularidad de los grandes nombres de antaño. Sin embargo, dan testimonio de una calidad interpretativa que, por no ser casos de excepción, nos hacen pensar, contradiciendo a Manrique, que "a nuestro parecer, el tiempo presente es mejor".

SIN EMBARGO, cabe hacerse la pregunta del porqué, con este apreciable caudal de buenos intérpretes, nuestro teatro aparece agónizante, nuestro cine se mantiene con vida incierta y la televisión no adquiere una mayor jerarquía.

Aparentemente, la falla no la debemos encontrar en los intérpretes, sino en la ausencia de creadores de jerarquía. La crisis está en el campo autoral y, en forma muy especial, en el de los directores. Hace falta la creación teatral, cinematográfica y televisiva que imparte vehículos eficaces para los buenos actores y actrices con que contamos en la actualidad. Las escasas excepciones meritorias en este campo sólo permiten confirmar la pobreza en que nos encontramos.

Littin y Ruiz son dos nombres importantes en cine. Hace falta que aparezcan figuras jóvenes, semejantes a ellos, en el teatro y en la televisión.

Por ahora, nuestros buenos intérpretes, que no son "los monstruos sagrados" de antaño, tienen poca oportunidad de mostrar su real valor. ■